



SÃO MIGUEL. UNA DULCE MELANCOLÍA

João de Melo

Traducción de Rebeca Hernández

La melancolía es un arte. Ved cuánta belleza existe en el mismo y sencillo decir de las cinco sílabas de esta palabra: me-lan-co-lí-a. En las Azores la palabra melancolía es común a todas las islas. Pero en ninguna como en São Miguel ella se debe tanto a esta forma de contemplar el encanto del paisaje, de verlo desde arriba (cuando se sale de Ribeira Grande camino de la Lagoa do Fogo): uno se para encima de la cuesta, se vuelve hacia atrás, se deslumbra. Lo que ve no es tan solo esa cubierta de navío gigante, verde y casi plana, que gira en círculo con nosotros y envuelve el gesto que apunta por encima de Ribeira Grande y de Rabo de Peixe; la melancolía se ve en el propio gesto que explica el verde-azul-amarillo de la tierramar, la belleza femenina del paisaje, el tramo de esta costa norte, hendida a la mitad por la Ponta do Cintrão (baja y diligente a la izquierda; alta y muy recortada en Porto Formoso). Los verdes de la pradera y de los bosques chocan entre sí; la blancura de las casas que se perfilan a lo largo de las callecitas desiertas, con jambas de basalto alrededor de las puertas y de las ventanas, resplandece por encima de los verdes múltiples de la tierra, como si estuviera dibujada con tiza. Pero el paisaje que desde lo alto

se despeña a nuestros pies, primero en declive, después en un remanso que se derrama hasta encontrar el azul del mar, se prolonga hasta los cercados de maíz y altramuz y hasta los jardines del tabaco y del té. El placer y el asombro de tanta belleza exceden nuestro modo de mirar, pasan más allá de la sorpresa y de la respiración. No es posible, nunca hubo nada tan extraordinario en la visión de nuestros ojos, ni en los más profundos sentimientos de nuestro espíritu. No hay ni siquiera un término de comparación entre esto y los mejores pintores del mundo. Ningún gran músico captó del mar este sonido enroscado que sube hasta la montaña, ni la luz que ilumina el silencio del valle, ni el doblar de las campanas a lo lejos, ni las campanitas que los ángeles agitan en medio de las brumas, ni esa sacudida de las alas de las aves que planean en el espacio.

Sin embargo, solo con los ojos de la memoria podemos ver la extinguida pista de aviación de Rabo de Peixe: antiguamente, llegaba allí un ruido oculto que de repente irrumpía en medio de las nubes. Descendía desde allí (sí, de dentro de las nubes) un ser alado y apocalíptico que asustaba a las aves y a las vacas posadas en la hierba; un ser al mismo tiempo pavoroso y aterrado que traía consigo la melancolía de todas las otras islas de las Azores y de allí la enviaba a las tierras de América. Ahora, no. Solo la llanura se desdobra en ese suelo de aviones, el suelo murado de esos cercados tantas veces golpeados por los trenes de aterrizaje, donde ya no existen el trabajo y el trajín de la agricultura. El tiempo es otro. Pero ahí están aún las vacas de otrora, las mismas que mordían la hierba de la pista y que alguien ahuyentaba de allí cuando llegaba el avión. Son también los mismos árboles: bosques de criptomeras, vastos inciensos perfumados, algunas hayas-de-la-tierra, pocas acacias. Planean aves por encima y por debajo de nosotros: el milano (que es nuestro halcón mitológico), el mirlo negro, la lavandera blanca, el pinzón. Creo que navegan en el aire, a veces panza arriba, entre las bolas de nubes que ruedan y pasan por el cielo de las Azores.

Vista desde los miradores de la carretera que nos lleva a la Lagoa do Fogo, São Miguel es una isla torcida, un cuerpo deformado en arco, como si todo en ella convergiese hacia el centro oceánico. Así, todo hombre es en ella el eje, toda mujer es su caracola, toda nube es una presencia aérea (creo que etérea) y sabia como una bruja. Ahora los volcanes son estos montes que a veces se afilan contra el firmamento bajo; son largas osamentas de tierra (vestidas de trébol, musgo y raigrás) que en el cielo se alinean en cordillera; son entrantes de agua azul, verde o del color del plomo; y, siendo profundos galeones

naufragados, estos grandes valles de São Miguel no vienen en los libros de a bordo, ni en la relación de los naufragios antiguos, ni en cualquier otra memoria del mundo. São Miguel es una isla de dos existencias. De la primera solo los peces y los cetáceos pueden hablar, puesto que la vieron nacer por obra del fuego, subiendo la materia desde lo profundo hasta el único elemento que entonces había sobre las aguas: el aire. De la segunda existencia de la isla saben las aves el debido pormenor: atravesaron el tiempo-espacio, fueron las primeras que a ella vinieron a vivir. Trajeron el tiempo con ellas: donde antes solo existía el silencio y la sonatina del mar, sembraron el tiempo y la memoria; y donde aún no estaban la noche y el día, dijeron que en el otro lado del mundo había desde siempre la noche y el día, el ser y el no ser, el verbo de la muerte y de la vida...

La Lagoa do Fogo surge de repente en las cumbres de la sierra, desde donde es posible ver mar y mar de uno y de otro lado de la isla: por una ranura abierta entre los montes retorcidos de la sierra, nos observa un tramo del litoral sur. La costa se ondula, alta y baja, aguda en los cabos y redonda en sus entrantes, pero siempre cubierto de verde, incluso cuando aparece escarpada. Descendiendo desde allí hacia el sur, se avista enseguida el islote de Vila Franca do Campo, las puntas de Galera y de Água de Pau, el llano de Lagoa y de Rosário, y de nuevo Ponta Delgada: la cosa punteada por los peñascos golpeados, y estos resignados a las investidas del Océano Atlántico.

São Miguel es la isla de las más bellas lagunas. La de Fogo, yace en el fondo de un cráter abatido entre los grandes bordes de la sierra, con una península poblada de criptomerias entre márgenes poco accesibles, arenales venidos de la erosión de los montes envolventes y barrancos cubiertos de flora endémica: especies herbáceas y arbustivas enraizadas en las márgenes y en expansión hasta los pastos. No hay mayor belleza que la de esta agua aparentemente parada que a cada momento cambia de color bajo el peso del viento y de las nubes, al paso de las brumas que parten en busca de los misterios perdidos del mar. El agua es azul, verde o de color plomo, según la nube y la inclinación de la luz solar que sobre ella incida. El viento junta, esparce, recoge y después se lleva lejos las sucesivas coloraciones del agua, como si una cola de pavo real sobre ella se distendiese y cerrase ante la mirada abismada del visitante. Todo signo de individualidad recula dentro de nosotros. La mano del hombre olvida el gesto y la palabra. Nos llega un deseo inesperado de creer en la divinidad del agua. Se despierta en nosotros una fe ya muerta o aún aterrorizada: una duda llena de pena, su alegre y triste conmoción.

Las lagunas de Furnas y de las Sete Cidades serán por ventura aún más bellas que la de Fogo. Las trabajaron las conjuntas manos de los dioses y los hombres. Los dioses las hicieron, los hombres las modificaron. De ahí resulta la conjunción de un escenario creado por el esplendor divino con el arte de los humanos. La de Furnas, en el lado sur de la isla, es un mar interior, cavado entre el Pico do Ferro y una anchura de montañas que aún así comportan, en el inmenso valle de las Furnas, riberas que se deslizan entre los campos de ñame, viviendas o casas de veraneo a la orilla del agua, calderas que brotan del suelo y hierven como ácido - entre tierra humeante, parques y jardines exóticos, bosques de criptomeria y raras araucarias, fuentes termales, barcos y carpas para la pesca.

Al noroeste, la Laguna de las Sete Cidades, en el pico de la Cumieira, es un 8 legendario y perfecto, formado por dos lagunas, siendo una la Azul y otra la Verde. Ambas se inscriben en la mitad de un valle cercado por una inmensa muralla verdeante, vestida por flora densa, de coloración secundaria: el color fosforescente de los helechos arbóreos y de los musgos; el azul, el blanco y el rosa de las hortensias; el verde pálido de la espadaña y del incienso; el amarillo de millones de candelas encendidas durante el día (que son las plantas *coniteiras* en flor en el mes de julio). El paisaje se nos impone por ese verde intenso, por el silencio conmovido que lo envuelve y vigila, y también por todo lo que sobre ella planea: las nubes desfiguradas por el viento que pasa, el azul del cielo que se esparce en el agua de las lagunas.

Cuando se llega al mirador de Vista do Rei, el primer impulso es el de desviar los ojos, fijarnos de nuevo en aquello que se nos presenta. No es posible creerlo en el primer momento en que se ve. Tenemos que acostumbrar los ojos a la sorpresa de esa maravilla, verlo una segunda, una tercera vez, y solo entonces comprender que estamos ante la visión más extraordinariamente bella de todo el mundo de las islas. Inmenso y luminoso éxtasis de tranquilidad, los dos campos de agua se unen por un hilo de tierra en cuyas márgenes vive un pueblo habituado a las exclamaciones de admiración y a ser visitado por gente incrédula que al final cree en el milagro. Ese pueblo vive fuera de las horas del tiempo. Lo traen allí los pasos, los relojes y las cámaras fotográficas de los visitantes. Pero nunca se le necesitó en el paraíso, aun siendo solo terrenal, como este de las Sete Cidades. Raúl Brandão escribió: “Un ah de asombro, un sentimiento nuevo, un vago sentimiento de sorpresa... Por primera vez en mi vida no sé describir lo que veo y lo que siento. Desconfío que las Sete Cidades es también el alma de un paisaje. Los grandes paisajes que mueren a algún lugar

São Miguel. Una dulce melancolía, João de Melo

Traducción de Rebeca Hernández

habrán de ir... Es por esto por lo que se siente un no-sé-qué extraño. Pertenece a la vida espiritual. Es un fantasma de paisaje”.

No lejos de ningún sitio, otras lagunas y calderas se esconden en el paisaje de São Miguel: aguas hervidas y sulfurosas en la Caldeira de la Ribeira Grande, templadas en la Caldeira Velha (donde caen en cascada, buenas para un baño caliente al aire libre, en pleno invierno) y dulces, otras. Dulces son las aguas de las lagunas de Santiago (próximas a la de las Sete Cidades), del Carvão, del Canario y la Rasa (junto a Pico do Carvão, a medio camino entre São Vicente y las Sete Cidades). Más hermosas que ellas, la de Congro y la de los Nenúfares (ya en la vertiente sur de la Laguna de Fogo, cuando se baja a Vila Franca do Campo, o de regreso a Ponta Delgada). Siendo esta la isla de todos los itinerarios hacia la fascinación de quien la visita (por tierra o por mar, por el interior montañoso o por el litoral), es por regla muy elemental que en ella se haga la ruta de las calderas y de las lagunas. Sin ellas, nunca São Miguel sería una isla diferente a todas las islas del mundo, ni su silencio sería el dulce silencio del tiempo y de la tierra, ni el canto de los pájaros y de los ángeles envolvería en sí mismo el canto de la vida que toda vida merece.

El texto original “São Miguel. Uma doce melancolia” de João de Melo se encuentra publicado en

João de Melo, *Açores. O Segredo das Ilhas*

Lisboa, Dom Quixote, 2000